

James Crumley

EL ÚLTIMO BUEN BESO

Traducción de Marta Pérez Sánchez



*Para Dick Hugo,
un excelente detective del corazón*

«Podrías tener el capricho de acercarte por aquí el domingo.
Digamos que tu vida se ha venido abajo; que han pasado años
desde que diste el último beso de verdad. Recorres estas calles
trazadas por dementes, junto a hoteles
que han fracasado y bares que han triunfado, intento atormentado
de los dueños del local para acelerar sus vidas.
Sólo las iglesias se mantienen en pie. Este año,
la cárcel ha cumplido setenta. El único preso
continúa encerrado, sin saber lo que ha hecho.»

RICHARD HUGO, *Degrees of Gray in Philipsburg*

Cuando finalmente localicé a Abraham Trahearne, estaba tomando cerveza junto a un bulldog alcoholizado que respondía al nombre de Fireball Roberts en un antro destartado de las afueras de Sonoma, California, apurando hasta la última gota de una hermosa tarde primaveral.

Después de casi tres semanas de embriaguez ambulante, Trahearne, con sus deslucidos pantalones caqui, parecía un viejo soldado tras una larga campaña que sorbiera la cerveza lentamente para limpiarse de la boca el sabor a muerte. El perro yacía desplomado en el taburete vecino como un compañero de fatigas pequeño y agotado, levantando sólo esporádicamente la cabeza para beber un poco de cerveza en un sucio cenicero dispuesto sobre la barra.

Ninguno de ellos se molestó en mirarme cuando me deslicé discretamente hasta un taburete que había entre el bulldog y los otros dos únicos parroquianos del local, un par de displicentes mecánicos en paro que hablaban de cheques del subsidio que jamás habían llegado, de la última multa por conducir borrachos y del probable paradero de una correa de transmisión de un Chevy de 1957. Sus caras angulosas, las bocas desdentadas y el acento nasal pertenecían a otro tiempo y lugar, a un gran erial polvoriento de los años treinta por el que un camión Modelo T, un cascajo de fabricación casera, avanzase hacia el sol poniente. Al sentarme me observaron con los ojos aviesos de la gente rústica, estudiándome atentamente como si yo fuera la carcasa de un coche abandonado que planeaban canibalizar para conseguir piezas de recambio. Incliné la cabeza y sonreí para darles a entender que quizá fuese una carcasa, pero todavía no me habían

declarado siniestro total. Respondieron a mi callado saludo con los ojos en blanco y unos reflexivos movimientos de cabeza que parecían indicar que siempre se podía provocar un accidente.

Exhausto tras circular tantos kilómetros por carreteras equivocadas, les dejé pensar lo que les viniera en gana. Pedí una cerveza a la camarera, una mujer de mediana edad, que salió de sus ensueños para esbozar una sonrisa somnolienta. Al abrir la botella, el bulldog despertó de su modorra etílica, eructó como un dragón, alzó verticalmente sus delgadas patas y, a continuación, atravesó con un con-toneo tres taburetes desvencijados, en medio de una nube saturada de cerveza rancia y aliento de perro, para cambiarme un beso mojado y pegajoso por una dosis de cerveza. No se la ofrecí, así que subió la apuesta esparciendo sus babas sobre mi codo tostado por el sol. Trahearne emitió una abrupta orden y vertió una medida de cerveza en el cenicero. El bulldog me clavó una funesta mirada, suspiró y volvió en pos de lo seguro.

Mientras me secaba los salivazos caninos con un paño todavía húmedo por el uso reciente, y con aspecto de haber sido usado a menudo para el mismo fin, pregunté a la camarera si había teléfono público. Me señaló sin palabras un recoveco gris y polvoriento pasada la mesa de billar, en el que había un teléfono negro colgado entre sombras cenicientas.

Cuando pasé junto a Trahearne, había rodeado con su recio brazo los arrugados hombros del bulldog y recitaba versos en su pequeña oreja: «El acantilado que encaramos se quiebra... bajo este viento del verde Pacífico... este... El hedor salobre de la ballena... ¡Ay, Jesús!... Nos cazaron como a perros, viejo amigo, en ripios caninos nos convertimos y aperreados viviremos siempre...». Luego se rió sin ton ni son, como un anciano que buscara sus gafas.

No me incomodó que hablara consigo mismo. Hacía ya mucho tiempo que yo practicaba también el monólogo interior.

Era precisamente eso lo que estaba haciendo la tarde que me llamó la ex mujer de Trahearne: sentado en mi diminuto despacho de Meriwether, Montana, contemplando las excelentes vistas más allá del callejón al desbordante contenedor Dempster-Dumpster de la

tienda de saldos, me decía en mi fuero interno que no me importaba que el negocio prosperara poco a poco, que en realidad incluso me gustaba. Entonces sonó el teléfono. La ex mujer de Trahearne fue muy expeditiva. En menos de un minuto me había explicado que tanto la salud como la afición al alcohol de su ex marido eran pésimas y que quería que siguiera sus pasos, que lo buscara en su ronda de borracheras antes de que la bebida lo precipitara prematuramente a la tumba. Le propuse que discutiéramos el trabajo cara a cara, pero ella insistió en que debía ponerme en camino de inmediato, que no merecía la pena hacer las tres horas de trayecto hasta Cauldron Springs. Para ganar tiempo ya había contratado un aerotaxi en Kalispell, que en aquellos momentos volaba con rumbo sur hacia Meriwether, llevando a bordo un talón al portador como anticipo, una lista de los bares preferidos de Trahearne en el Oeste —especialmente los locales sobre los que había escrito poemas después de otras melopeas— y una fotografía procedente de la sobrecubierta de su última novela.

—¿Y si no acepto el encargo? —pregunté.

—En cuanto vea el importe del anticipo, lo aceptará —respondió fríamente la mujer, y colgó sin más.

Cuando recogí la ancha carpeta de manila en el aeropuerto de Meriwether di una rápida ojeada al talón y decidí hacer el trabajo, antes incluso de estudiar la fotografía. Trahearne era un individuo corpulento, con pinta de estibador jubilado, y posaba apoyado en una columna del pórtico frontal del hotel Cauldron Springs, con una bebida rebosante en una mano y un cigarro a medio fumar en la otra. Su aspecto delataba claramente su edad, pese a su sonrisa juvenil, pero era evidente que no había ido a Cauldron Springs para tomar las aguas. A su espalda, en el amplio y sombrío marco de la puerta, dos fantasmas artríticos con sendos albornoces de cuadros escoceses caminaban torpemente hacia la luz. En sus ajados rostros se adivinaba la sonrisa expectante del que está punto de sumergir sus quebradizos huesos en las calientes aguas mineralizadas.

En los años que había pasado buscando maridos, esposas e hijos desaparecidos, había aprendido a no creer que podía examinar una

cara unidimensional y ver a la persona que se ocultaba detrás de la fotografía, pero ese grandullón parecía el tipo de persona que se abría camino en la vida dejando una pista fácil.

Al principio fue incluso demasiado fácil. De vuelta a la oficina, llamé a cinco o seis de los bares apuntados y lo localicé en Ovando, Montana, en un pequeño local de cierta fama llamado Trixi's Antler Bar. Sin embargo, para cuando completé los cien kilómetros de ruta, Trahearne ya había volado, tras explicar al camarero que se dirigía a Two Dot para echar un vistazo a la colección de latas de cerveza de uno de los dos bares de la localidad. Lo perseguí por tierras de Montana pero al llegar a Two Dot, supe que Trahearne había tomado la carretera 666 en Miles City. Desde allí se encaminó en dirección sur a Buffalo, Wyoming, con la intención de componer un poema épico sobre la guerra del condado de Johnson, o eso le dijo a la camarera de turno. Al parecer, Trahearne nunca hacía un movimiento sin comentarlo antes con toda la gente que había en el establecimiento, lo cual lo convertía en un tipo fácil de seguir pero imposible de atrapar.

Así que recorrimos el Oeste, haciendo la gira de los bares y contemplando el panorama. El hotel Chugwater en Wyoming, el Mayflower en Cheyenne, el Stockman en Rawlins, una colección de alambre de espino en el bar del hotel Sacajawea de Three Forks, Montana, rocas en Fossil, Oregón, mormones beodos por todo el norte de Utah y el sur de Idaho... Siempre viajando en círculo, deambulando a la deriva. Alquilé dos veces una avioneta privada para adelantarme a mi presa, y ninguna de las dos se presentó en el lugar hasta que me hube marchado. Me agradaba su gusto en materia de bares, pero entré y salí de tantos de ellos que al final todos me parecían un establecimiento único e infinito. A mitad de la segunda semana, los gastos empezaban a avergonzarme incluso a mí, de modo que telefoneé a la antigua señora Trahearne para preguntarle cuánto dinero estaba dispuesta a invertir en aquella noria imparable. «El que sea necesario», replicó, con voz irritada porque me había detenido a consultar.

Así pues, me volví a instalar en el envolvente asiento de mi origi-

nal camioneta El Camino para emprender un largo asedio sobre ruedas, siguiendo a Trahearne de bar en bar, por cualquier carretera que su imaginación dictase, y rastreando el terreno como un excitado perro perdiguero únicamente para evitar perderlo. Lo seguí mientras continuaba su errático avance, con las antenas vueltas hacia ventiscas que sólo él percibía, con el oído atento para captar los compases de alguna canción lejana que sólo él oía.

Entrada ya la segunda semana, sentía en el pecho aquel mismo silbido agudo y penetrante de la soledad y, si no hubiera necesitado el dinero tan acuciantemente, quizás habría enviado al infierno a Abraham Trahearne, habría introducido en el reproductor un disco de Willie Nelson y habría intentado ahogarme en mi particular río de whisky, reanudando mis antiguas andanzas. Pero me pagan por encontrar a la gente, no por perderme yo, de manera que continué tras su estela como un viejo sabueso a la caza del último mapache.

Todo aquello me volvía más loco incluso que el propio Trahearne. Comencé, casi sin saber cómo, a perseguir fantasmas en los grises puertos de montaña, y luego a través de unos valles verdes alfombrados aún por las últimas nieves de la primavera. Me empecé en dormir en las mismas camas de motel donde se había hospedado, tratando de soñar con él, y me dediqué a emborracharme en los mismos bares con la esperanza de tener una visión bañada en whisky. Y no tardaron en surgir, tanto los sórdidos sueños de motel como las visiones etílicas, pero venían de mi propio y errabundo pasado. En lo referente a Trahearne, no tenía una sola pista.

Una vez incluso me tiré a la misma y deprimente prostituta en un complejo de casas rodantes en pleno desierto de Nevada. Era una joven frágil, una criatura flacucha e insignificante nacida en Cincinnati, que había trasladado su mina de oro al Oeste creyendo tal vez que le sacaría más rendimiento, pero el conducto del pozo se había atascado, las venas daban muestras de agotamiento y las galerías de sus escuetos brazos parecían haber sido excavadas con un pico oxidado. Tras desperdiciar demasiadas noches de insensata lujuria de bar danzando con su esqueleto, le pregunté una vez más por Trahearne. Al principio no dijo nada, permaneció acostada en silencio

sobre las sábanas arrugadas, dando caladas a un porro y con la mirada fija más allá del techo de aluminio, en la fría noche del desierto.

—¿Crees que volaron realmente hasta la luna? —me inquirió en tono serio.

—No lo sé —admití.

—Yo tampoco —susurró en una bocanada de humo.

Me abroché los Levis y me adentré en el desierto, en un paisaje herido por las sombras y el claro de luna.

Más tarde, en Reno, perdí el rastro y tuve que circunvalar la ciudad en círculos cada vez más anchos, hablando con camareros y empleados de estaciones de servicio hasta que en Truckee encontré a un mozo de gasolinera que recordaba a un tipo corpulento al volante de un Caddy descapotable que había preguntado por los baños de barro de Calistoga. El barro aún estaba caliente cuando llegué, pero sus huellas se habían enfriado tanto como los ojos de los ancianos que agonizan alrededor de las fuentes termales.

Cuando llamé a la ex mujer de Trahearne para admitir mi fracaso, me dijo que había recibido una postal suya, una imagen del puente Golden Gate con una enigmática sentencia:

Dicen que el perro
es el mejor amigo del hombre,
pero sus pantalones no tienen bolsillos
y su sed nunca se sacia.

«Trahearne tiene una extraña afinidad con los perros de bar —me contó—, en especial con los que beben alcohol además de hacer gracias. En una ocasión pasó tres días en Frenchtown, Montana, bebiendo en compañía de un chucho que llevaba un gorro de oficial aplastado, gafas de sol y, en la boca, una pipa tradicional de mazorca de maíz. Trahearne me explicó que habían estado debatiendo la campaña del Pacífico entre tragos de licor de mora.» Le recordé que el dinero era suyo y que, si quería que explorase la Bay Area en busca de un perro alcoholizado, obedecería encantado. En efecto, ése era su deseo, así que me ajusté el cinturón y me dirigí a San Francisco, con-

vertido en un extravagante detective resuelto a seguir de cerca los pasos de un perro borrachín... en un títere al servicio de la dama.

Debería haber imaginado que en la Ciudad de las Luces abundaban los perros de bar —canes que bailaban y cantaban, e incluso alguno que consumía alucinógenos—. Sólo tres días después, mientras tomaba unos gimlets en Sausalito con un caniche rosa, tuve por fin noticia del bulldog cervecero de las inmediaciones de Sonoma.

El deteriorado edificio de madera se ubicaba a unos cincuenta metros de la carretera de Petaluma, y el Cadillac descapotable rojo de Trahearne estaba aparcado delante. En la época en que la vieja auto-vía era todavía nueva, y antes de que fuera reconstruida según criterios más eficientes, el garito de cerveza había sido una gasolinera. El espectro desdibujado de un caballo volador rojo presidía aún los erosionados listones de las paredes del establecimiento. Un pequeño grupo de coches abandonados, que iban desde un Henry J carmesí hasta un Dodge Charger negro, casi nuevo pero terriblemente estropeado, yacían prisioneros en la empolvada extensión de maleza y hierbajos; las cuencas vacías de sus faros delanteros soñaban con Pegaso y con una huida sobre el asfalto. El local ni siquiera tenía nombre, tan sólo un letrero poco legible que ofrecía una lánguida promesa de CERVEZA balanceándose en el inclinado porche. Los viejos surtidores con el depósito de vidrio desaparecieron tiempo atrás —transportados probablemente a Sausalito para abrir una tienda de antigüedades—, aunque los herrumbrosos pernos de la base seguían proyectándose en el cemento cual huesos de dedos humanos en una tumba poco profunda.

Aparqué al lado del Caddy de Trahearne, salí del vehículo para desembarazarme de los kilómetros que entumecían mis piernas, y luego me alejé del sol primaveral para penetrar en la sombra polvorienta del tugurio, golpeando suavemente con los tacones de las botas los combados tablones del suelo y exhalando un suspiro en el aire ensombrecido. Aquél era el sitio, el bar al que hubiera acudido yo mismo en una de mis orgías ambulantes, sí, habría entrado y me habría incrustado como una canica en una grieta; era el lugar per-

fecto, un refugio para californianos adictos a la oxiconona y tejanos en el exilio, un hogar para campesinos recién desposeídos de sus tierras, con los ojos tan vacíos de esperanza que reflejan las tórridas y ventosas llanuras, los áridos, casi bíblicos tramos de horizonte interrumpidos solamente por la armazón de una mecedora huérfana, y más lejos, nublados por la ira, los contornos de naranjales y astiles de hacha. Éste hubiera podido ser fácilmente mi rincón, un hogar en el que cualquier hombre podía ahogar el hastío en alcohol, arrepentirse de pasadas violencias y ser perdonado por el módico precio de una cerveza.

Tras pensarlo dos veces, volví a meterme en el bolsillo la moneda de diez centavos y regresé a la barra para tomar otra cerveza. Había descubierto pedacitos de Trahearne en todo el recorrido y ya lo sentía como un amigo de juventud. Me parecía una lástima no disfrutar de su compañía, no compartir unas cervezas con él antes de telefonar a su ex esposa y poner fin a la fiesta. Siempre que acababa localizando a alguien, me asaltaba la sospecha de merecer algo más que dinero como recompensa. Ése era el momento más triste de la persecución, la muda espera de unos padres contritos, un cónyuge furioso o el peso de la ley. El proceso era estimulante, pero el producto terminado siempre resultaba ingrato. En mi negocio se precisa una certeza moral que yo ni siquiera pretendía poseer, y cada vez, al llegar al final de la cacería, lo único que quería era poner pies en polvorosa.

Sin embargo, en esta ocasión opté por esperar. Me apoyé en la barra y pedí otra cerveza. En cuanto la camarera la puso ante mí, se acercó por el mostrador un enorme gato negro para olfatear las gotas adheridas al largo cuello.

—¿El gato también es bebedor de cerveza? —le pregunté.

—Ahora ya no —contestó ella sonriendo, a la vez que sacudía con una bayeta empapada el trasero del felino. El animal le clavó una mirada torva. Acto seguido echó a andar por la barra y, al pasar junto al bulldog y Trahearne, rozó con la cola el rostro imperturbable de éste—. El muy hijoputa solía beber más que una esponja, pero últimamente causaba demasiados problemas. Se parece al viejo Lester

—añadió la mujer, señalando con el gesto al mecánico ocioso que más dientes tenía—. No sabe aguantar el alcohol. Cuando se emborrachaba se convertía en un gusano tan repugnante y tan rastroso, que intentaba desahogarse sexualmente allí donde no debía.

La camarera lanzó al viejo Lester una severa mirada de inteligencia, antes de estallar en una alegre carcajada. Al devolverle la sonrisa, el tal Lester me enseñó el resto de su dentadura. No era más bonita que la que ya había visto.

—Una noche, ese desgraciado mamón negro empezó a follar con todo lo que se le ponía por delante (los tacos y las patas de la mesa de billar, las piernas de los clientes, cualquier cosa que no se apartase lo bastante deprisa), hasta que hizo una guarrería en los pantalones de una señora, a alguien se le ocurrió reírse, y que me lleve el diablo si no se organizó la mayor pelea que he visto en mi vida. Todos los que no ingresaron en el hospital acabaron en la cárcel, y a mí me suspendieron la licencia seis semanas. —La camarera soltó una risotada y añadió—: Por lo tanto, corté el conflicto de raíz y puse a raya a ese casanova. Desde entonces no ha vuelto a probar la bebida.

—¿Se refiere a Lester o al gato semental? —pregunté.

La camarera, que obviamente era también la dueña del bar, se carcajeó de nuevo jovialmente, y el otro mecánico se sumó a la broma, pero el viejo Lester continuó allí sentado con la expresión de quien sufre un dolor de muelas.

—No —respondió la mujer cuando cesaron las risas—, el bueno de Lester, aquí presente, no causa molestias en el local. Le tiene un pánico cervical a mi bulldog.

—A mí me parece un bulldog vulgar y corriente —comenté, y me puse más cómodo a la espera de la historia.

—¿Vulgar? —exclamó Lester—. Sí, un vulgar asesino. Y digo *asesino* con todas las letras. Maldita sea, una mañana del verano pasado entré en el bar más callado que un santo, absorbo en mis propios asuntos, pero cometí el fallo de pisar la pezuña de ese cabronazo cuando estaba en plena resaca y poco faltó para que me arrancara la pierna de cuajo. —El hombre se encorvó para arremangarse la pernera del pantalón y exhibió la mordedura, una hilera de cicatrices

que más bien parecían arañazos de pollo—. Me dieron cincuenta y siete puntos —proclamó orgullosamente—. El viejo Oney, que estaba conmigo, tuvo que golpear a ese chupasangre con un taco de billar hasta que me soltó la pierna.

—Recuerdo que el jodido taco se partió en dos con un chasquido —se apresuró a corear Oney.

—¿Un bulldog vulgar y corriente? Ni por asomo —declaró Lester—, el hijoputa es más letal que una serpiente. Díselo tú, Rosie.

—Escuche, señor —me explicó la dueña inclinándose sobre la barra—, he visto al mamón de Fireball Roberts emerger de un delirio profundo o una ciega resaca y desgarrar de un tirón los calzones de muchos imbéciles que creían que podrían aprovecharse de una mujer indefensa como yo, que estoy sola en el mundo. —Al pronunciar la palabra *sola*, Rosie apuntaló un dedo bajo la barbilla y me sonrió con fingido recato. Me miré por detrás de su hombro, en el agrietado espejo del fondo, para comprobar si mi pelo se había vuelto gris durante el viaje. Un conocido fantasma de cabello negro me hizo una mueca de coyote—. Y no sólo los reduce —insistió Rosie—, sino que los arrastra al exterior por la base de las nalgas, y generalmente acababan dando gracias por haber salido vivos.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, tan impresionado como cabía esperar.

Espí de reojo al bulldog, que dormía plácidamente acurrucado en su taburete. Trahearne reaccionó fulminándome con la mirada, como si creyera que me proponía impugnar la valentía del perro, pero sus airados ojos pronto se desenfocaron y parecieron desviarse de manera independiente.

—Por descontado —continuó diciendo Lester, en un tono de voz más agudo que denotaba excitación—, si Fireball no consigue librarse de todos con su propia y condenada furia, la buena de Rosie tampoco se queda atrás. Intente tocarle el culo, es capaz de volarle los sesos sin pestañear.

Asentí, y Rosie se sonrojó coquetamente.

—Vamos, enseñale el arma que escondes ahí —demandó Lester.

Rosie añadió a su rubor una nota de tímida reticencia, y por un instante el rostro de una mujer más joven y guapa difuminó sus arrugas. Se arregló los rizos cenicientos, y luego tanteó debajo de la barra para sacar una pistola automática niquelada de calibre 380, de origen español, tan caduca y maltratada que el revestimiento metálico se había desprendido como la pintura barata.

—No parece gran cosa —admitió Lester resueltamente—, pero Rosie ha adaptado el fiador del gatillo a un dispositivo que permite a esa puta máquina hacer nueve disparos seguidos. —El hombre dio media vuelta e indicó, en el otro extremo del bar, un racimo de agujeros de bala aún sin tapar que había entre dos ventanas, encima de una mugrienta mesa—. No tuvo que activarlo más que una vez, pero le juro que siempre que ella mete la mano detrás de la barra, por aquí reina un ambiente de paz absoluta.

—Como en una iglesia —dije.

—Más bien como en un cementerio —me corrigió Lester—. No hay cánticos de ningún tipo, sólo un puñado de oraciones mudas. —Se desternilló de risa, y yo brindé por su ocurrencia.

Rosie empuñó la pistola un momento más en sus encallecidas manos, y luego volvió a colocarla con un golpe seco debajo de la barra.

—Naturalmente, yo tengo en casa una pistola de verdad —dijo Lester en tono petulante.

—Una Luger alemana —aventuré sin pensar.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó él con desconfianza.

La verdadera respuesta era que me había pasado la vida en los bares escuchando hazañas bélicas y embustes diversos, pero mentí y le dije a Lester que mi padre había traído una de la guerra.

—Yo le quité la mía a un capitán alemán en la playa de Omaha —declaró el mecánico, con la nariz apuntando hacia el cielo como si mi pobre padre hubiera ganado su arma en una partida de dados—. En la invasión de Normandía —puntualizó.

—Debía de ser muy joven —comenté.

Me arrepentí enseguida de mis palabras. Quizá los individuos como Lester explicasen cuentos chinos de vez en cuando, pero sólo a

un estúpido se le ocurriría ponerlos en entredicho. El hombre me escudriñó largamente para ver si le estaba tildando de embustero, y luego, con una despreocupación estudiada, dijo:

—Mentí sobre la edad. ¿Ha estado en las fuerzas armadas? —cambió de tercio.

—No, señor —mentí a mi vez—. Tengo los pies planos.

—Vaya, aquí tenemos a un *no apto para el servicio* —dijo Lester, con unos aires de superioridad mal disimulados—. A Oney también lo declararon inútil, aunque si no hubieran sido los pies, le habría fallado la cabeza.

—No pienso alistarme jamás en ningún maldito ejército —protestó Oney muy serio, y miró a su alrededor como si tuviera aún tras los talones al comité de reclutamiento.

—Ahora ya no llaman a filas —dijo Lester, burlándose de la ignorancia de su amigo.

—Lo sé —replicó éste con pesar—. ¡Dios santo! Los militares deberían ir a San Francisco y reclutar al menos a cien mil de esos puñeteros hippies peludos.

—Una verdad como un templo —lo secundó Lester, antes de volverse hacia mí—. ¿No opina usted lo mismo?

Hacía tres días que no me afeitaba, y él entrecerró los ojos para inspeccionar mi barbilla como si se tratase de una barba incipiente.

Esta vez mantuve la boca cerrada y asentí con la cabeza, aunque al parecer no fui tan categórico como habría querido Lester. El tipo empezó a decir algo, pero lo interrumpí y, tras disculparme, eché a andar hacia Trahearne. A mi espalda, Lester farfulló algo sobre *hippies del demonio, ineptos y estafadores*. Hice oídos sordos a sus insultos. Extendí el brazo y di unos golpecitos en el hombro de Trahearne; él giró muy despacio su enorme cabeza calva, como si le pesara más que el plomo. Después enarcó una ceja, torció la cara en una débil sonrisa de simpatía, se encogió de hombros y, de repente, perdió el equilibrio en el taburete y se precipitó hacia atrás. Agarré al vuelo su camisa, pero ni siquiera logré ralentizar su caída. Aterrizó boca arriba, cuan largo era, tan pesadamente como un saco de cemento de cien kilos. Vibraron las vigas y los cristales de las ventanas, de entre

las tablas del suelo salieron despedidas volutas de polvo añejo, y las bolas de la mesa de billar danzaron alegremente por el tapete raído.

Mientras me quedaba junto a él idiotizado, con un sucio jirón caqui en la mano derecha, Lester saltó de su asiento y bramó, en una actitud radicalmente distinta:

—¿Por qué coño has hecho eso?

—¿Por qué he hecho qué?

—Pegar así a ese pobre hombre —dijo Lester, con la nuez yendo y viniendo por su delgado cuello como un ratón enloquecido—. Nunca había presenciado un acto tan cobarde.

—Yo no le he pegado —me defendí.

—Joder, tío, lo he visto con mis propios ojos.

—Lo siento, pero me temo que se equivoca —dije, intentando mostrarme sosegado y racional, lo que casi siempre es un error en situaciones como aquélla.

—¿Me estás llamando mentiroso? —me increpó Lester mientras apretaba los puños.

—En absoluto —dije. Retrocedí hasta la barra en busca de mi cerveza, y entonces cometí un fallo todavía peor: intenté aclarar las cosas—. Escuche, soy investigador privado, y la ex esposa de este señor me contrató para...

—¿Qué pasa —repuso Lester con sorna—, que se ha retrasado en el pago de la maldita pensión alimenticia? Conozco a los de tu calaña, compadre. Un cabrón tan asqueroso y escurridizo como tú me siguió sin descanso hasta la mismísima casa de mi madre, en Barstow, sólo porque le debía unos meses de pensión a la mala puta con la que me había casado, y déjame decirte que le di una buena patada en el culo y, ahora mismo, me estoy planteando repetir la operación contigo.

—Vamos a calmarnos todos un poco —dije—. Permitidme que os invite a una cerveza, chicos, y os lo explicaré todo, ¿de acuerdo?

—A mí no me vas explicar una mierda, tío —contestó Lester y, por si no fuera suficiente, añadió—: No bebo con indeseables.

—No quiero altercados en mi local —intervino Rosie sin alterarse.

—No los habrá —le prometí.

Lester y Oney podían tener unas caras cómicas, el acento ridículo y la dentadura en mal estado, pero tenían también unos puños tan gruesos como postes de recia madera, las manos nudosas y endurecidas por el trabajo, con unas protuberancias que parecían calcetines llenos de piedras, así como un largo historial de rabia y resentimiento. Me había criado entre sujetos como ellos y había aprendido a no discrepar en asuntos importantes.

—No hay problema —dije—. Me iré de aquí y sanseacabó.

—Con eso no me basta ni de lejos —gruñó Lester, a la vez que daba dos zancadas hacia mí y me lanzaba un *swing* a la cara.

Esquivé el puño, y seguidamente le propiné un revés en la cabeza con la botella de cerveza aún medio llena. La oreja derecha del mecánico desapareció en un chorro de espuma sanguinolenta, y él cayó de lado y se arrastró por el suelo, tapándose la oreja herida y profiriendo improperios. Oney se incorporó, pero volvió a tomar asiento cuando vio en mi mano la botella rota.

—¿Os basta ahora? —inquirí.

Oney asintió con un gesto nervioso, pero Lester acababa de examinar su palma y había encontrado pequeños trozos de oreja. En una voz aguda, entrecortada, exclamó:

—¡Maldita sea, Oney, trae el arma!

A mi espalda, oí que Trahearne se levantaba y preguntaba, aún aturdido, qué diantre había pasado. Nadie respondió. Oney, Rosie y yo estábamos inmersos en un largo cruce de miradas sin palabras. De repente, todos nos movimos a la vez. Rosie echó a correr tras el mostrador, hacia la pistola automática, en el instante en el que Oney se abalanzaba sobre ella. Yo espíe al bulldog, que seguía durmiendo como un tronco, y quise huir a campo abierto, algo que habría conseguido de no ser porque el bueno de Lester giró bruscamente sobre sí mismo y empotró un hombro en mi rodilla derecha. Caímos los dos como un fardo... encima mismo de la oreja destrozada. El mecánico emitió un largo gemido pero aguantó, incluso después de que me irguiera y le arrancase un mechón de pelo sucio.

En la barra, Rosie y Oney seguían forcejeando por hacerse con la pistola. Trahearne se había serenado lo bastante para descifrar lo que

estaba ocurriendo a su alrededor, pero cuando quiso entrar en acción se estrelló contra la mesa de billar y, mientras intentaba salir a gatas de debajo, Oney le quitó la pistola de las manos a la dueña del local y la apartó de un empujón. Al caer, ella gritó «¡Fireball!». Me rendí y levanté las manos, resignado a pasar un trago amargo como pago por la oreja de Lester. Sin embargo, en el momento en que Oney equilibraba la pistola y apoyaba el pulgar en el seguro, Fireball volvió de su profundo sueño y salvó la barra de un único salto, como un destello de compacta luz grisácea. Suspendido aún en el aire, hincó sus rotundos y amarillentos colmillos en la espalda de Oney, en ese punto sensible que hay entre las costillas y el riñón. Oney chilló como si lo hubieran agredido con un bate de béisbol, dejó caer los brazos y palideció tan intensamente que las antiguas cicatrices del acné refulgieron en su rostro como carbones incandescentes. Emitió un nuevo alarido, seguido de un breve sollozo, y oprimió violentamente el gatillo.

El primer disparo le voló una parte significativa del pie derecho, el segundo armó un espumoso desaguisado en la nevera, y el tercero atravesó el endeble cartón de fibra que revestía la barra e hizo diana en el soberano trasero del señor Abraham Trahearne. El cuarto tiro pulverizó la bola número catorce, el siguiente tiró al suelo una de las luces de las ventanas y los restantes ventilaron el tejado.

Cuando se vació por fin el cargador, Oney se derrumbó lentamente detrás del mostrador, con la automática aún sujeta en posición vertical y con Fireball adherido a su espalda como una gorda sanguijuela gris. Durante las ráfagas de fuego, el gato semental había salido de la nada y escapado por la puerta principal del establecimiento como el fulgor de un negro relámpago, mientras Lester continuaba abrazado a mis rodillas en la actitud de un niño asustado... o de un adulto cuyas historias de batallitas acabaran de hacerse realidad.

—Joder, Lester —dije en cuanto el eco dejó de retumbar entre las viejas vigas—, me estás poniendo los pantalones perdidos de sangre.

—Lo lamento —respondió a media voz como si de verdad lo sintiera, y me soltó enseguida.

Le di un pañuelo para secarse la oreja. Entretanto, Fireball rodeó al trote el extremo de la barra, con los colgantes carrillos ribeteados de rojo. Trepó al saliente de la plataforma, de allí a un taburete, y subió al mostrador. Ya en lo alto, se abrió camino volcando las botellas, atrapándolas en su hocico y apurando el contenido. Luego lamió el cenicero hasta vaciarlo, eructó y bajó al entarimado del mismo modo que había ascendido. Con un andar torpe y cansino que parecía exhalar un suspiro a cada paso, se dirigió a la salida y se estiró en una zona iluminada por el sol, quedándose dormido antes de que su panza tocara el suelo, exhalando unos ronquidos tenues, delicados, que agitaban las motas de polvo condensadas a su alrededor.

—Creo que no había visto jamás una escena semejante —le confesé a Lester.

—Condenado perro hijo de puta —masculló el mecánico mientras se acercaba a una mesa para sentarse.

Fui hasta la barra para comprobar el estado de Oney y de Rosie. El hombre se había desmayado, y ella yacía sobre los listones como un cadáver, salvo porque tenía las manos apretadas contra los oídos en vez de cruzadas sobre el pecho.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó sin abrir los ojos.

—Tenemos algún que otro herido, pero no hay bajas mortales —dije.

—Si espera a que haya puesto en orden mis ideas antes de avisar a la policía —me pidió—, se lo agradecería mucho. Debemos discutir un modo de justificar este despropósito.

—De acuerdo —accedí—. ¿Tiene whisky?

Rosie me señaló un armario, en el que encontré una botella semi-vacía de Old Crow. Hice lo que pude con el pie de Oney: le quité la zapatilla de trabajo y el calcetín de algodón, vertí un chorretón de whisky en los muñones de carne donde habían estado los dos dedos centrales y envolví el miembro en una toalla limpia. Tras lavar la mordedura del perro con jabón de pastilla, fui a ayudar a Lester a extraer los fragmentos de vidrio de la cabeza y de su maltrecha oreja.

—Ninguna mujer querrá volver a introducir la lengua en este orificio —bromeé.

—Tampoco es algo que me haya preocupado nunca —dijo él con aire reservado—. ¿Cómo está el amigo Oney?

—Ha perdido un par de dedos —le informé.

—¿Grandes o pequeños?

—De tamaño medio —respondí.

—Joder, eso no es nada —dijo Lester mientras se tanteaba suavemente la oreja—. ¿Y Rosie?

—Creo que está echando un sueñecito.

—Por lo visto, el tipo grandullón también —comentó Lester, volviendo la cabeza hacia él.

A estas alturas me pareció desconsiderado subrayar que el «pobre hombre» se había convertido de repente en el «tipo grandullón», de modo que fui a comprobar sin más preámbulos por qué Trahearne continuaba encogido junto al billar.

—¿Cómo se siente, señor Trahearne? —pregunté, a la vez que me arrodillaba para examinarlo bajo la mesa.

—A decir verdad, creo que he recibido un balazo —contestó él con aplomo.

No vi manchas de sangre, así que le pedí que me indicase el lugar exacto.

—En las posaderas, amigo mío —declaró—, en pleno culo. —Abrió los ojos, vio la botella y me la arrebató—. ¿Bebe este mejunje infecto?

No lo bebía, o al menos ahora no lo había probado, pero Trahearne no tuvo ningún reparo en aplicar la boca al cuello de la botella. Mucho más me costó a mí bajarle los pantalones y el calzoncillo, un bóxer modelo Náutica, para echar un vistazo a la herida. El proyectil de camisa metálica había dejado un limpio agujero azul, marcado por un hilo de sangre acuosa, debajo mismo de la nalga izquierda. Me era imposible saber si la bala había afectado algún hueso o arteria, aunque el color y el pulso de Trahearne se mantenían estables, y advertí que el plomo estaba alojado como un diminuto zuruillo violáceo bajo la epidermis, al pie del pliegue de tejido adiposo que caía sobre la cadera derecha.

—¿Qué pinta tiene? —indagó el herido entre dos sorbos.

—Tiene toda la pinta de ser un culo, amigo.

—Siempre supe que sufriría una muerte cómica —dijo él solemnemente.

—Tal vez, pero no será hoy. Se trata de una herida muy superficial.

—Eso es fácil de decir, hijo, para quien no la padece en sus carnes.

—Dentro de unos días no le quedará nada excepto un mal recuerdo y las nalgas doloridas —pronostiqué.

—Gracias —dijo Trahearne—, pero lo cierto es que esas dos cosas ya las tengo ahora. —Hizo una pausa para tomar otro trago de whisky—. ¿Cómo es que conoce mi nombre, joven?

—Caramba, señor Trahearne, es usted un hombre famoso.

—Desgraciadamente, no tan famoso.

—Bueno, verá... Su ex mujer estaba preocupada por su salud —confesé.

—Y le contrató para que me descerrajase un tiro en el trasero —dijo Trahearne—. Así ya no podré volver a sentarme nunca más en un taburete de bar.

—Yo no le he disparado —protesté.

—Quizá no —replicó—, pero cargaré igualmente con las culpas.

Abraham Trahearne continuó engullendo bourbon hasta enroscar todo su cuerpo alrededor de la botella vacía, sumando sus broncos ronquidos al tenue resoplar de Fireball.